

la disposición y adornos del Circo, tenemos dos medios muy seguros: los libros y las esculturas: los escritos, así de los autores paganos de tiempo del imperio, como de los sabios apologistas del cristianismo en sus primeros siglos, y los bajo-relieves que en abundancia conservan varios museos de Italia, especialmente de Roma. Sólo por estos documentos podemos ya representarnos aquellos espectáculos, de que apenas son reflejo nuestras fiestas de toros y las modernas carreras de caballos. Nada hay parecido á la *pompa circense*: á aquella procesion de ídolos, de silenos, sátiros, danzantes, aurigas y carros, que partiendo del Capitolio, bajaba por el *clivus* del Asylo, atravesaba el Foro en toda su longitud, seguía por entre el templo de César y la Basilica Julia, y por el Foro Boario penetraba en el Circo Máximo: aquella comitiva, cuya marcha cerraban las estatuas de los dioses, escoltadas por los cuatro colegios de pontífices, es recibida por la impaciente multitud que llena el Circo, como anuncio de que la fiesta va á empezar: su paseo solemne al rededor de la *Spina* era como si dijéramos el *despejo* de nuestras plazas de toros.

Colocadas las estatuas en sus templetos ó edículas, y hecho el sacrificio por los sacerdotes, los cónsules y el edil que preside los juegos, y ocupados por las vestales, los senadores y magistrados los puestos que á su jerarquía corresponden sobre la plataforma, que domina las *cárceres* (palco de la presidencia), se procede al sorteo de la primera tanda de aurigas: un paño de púrpura, arrojado á la arena por el edil que preside, es la orden simbólica de que se abran las cárceles y salgan los cuatro carros que deben correr primero.

Una vez Neron hizo desde el *triclinio* de su palacio la señal de que empezasen los juegos, agitando la servilleta: desde entónces al paño de púrpura reemplazó el pañuelo blanco, que todavía agita en cualquier novillada de nuestras provincias, el regidor presidente de la plaza.

La animacion tumultuosa del Circo: el unánime aplaudir de trescientas mil personas, á la entrada de un tribuno simpático ó de un histrion querido del pueblo, y la gritería y el silbido ensordecedor de aquella misma multitud á la vista de un per-

sonaje que no goza del favor popular: la insolente libertad de prorumpir en todo género de invectivas é improprios contra todo y contra todos, desde el trono de piedra en que se asienta la soberanía de la plebe: la excitacion febril por los lances y aventuras del espectáculo: los partidos, las apuestas, las disputas; todo esto, perdiendo de intensidad en la proporcion de ciento á uno, nos lo ofrece todavía nuestro espectáculo más popular de España. De los juegos en sí mismos: de lo que se refiere al reconocimiento previo de los caballos y de los cocheros, á los cuatro colores con que éstos se distinguen, verde, azul, encarnado y blanco, símbolo de las estaciones: á los nombres pintorescos de los caballos (*Soberbio, Conquistador, Valeroso*), y á los honores y aplausos otorgados al vencedor, más reminiscencias ofrecen hoy las carreras de caballos y los ejercicios de algunos circos, que las corridas de toros.

Un viejo romano, que nunca habia faltado á la cita del Circo, ni á los juegos *solemnes* ó perpétuos, ni á los *honorarios* ó eventuales, ni á los *rotivos*, es decir, un romano que pasaba en el Circo casi ocho meses del año, explicaba una tarde á cierto galo, vecino suyo de asiento, el simbolismo del Circo y la intencion religiosa de la fiesta, en estos ó parecidos términos: «Las doce *cárceres* significan los doce signos del zodiaco: los del-fines y los huevos colocados sobre aquellos pequeños pórticos, se refieren al culto de los corredores y luchadores; es decir, al culto de Neptuno (*Consus*) y al de Cástor y Pólux, salidos de un huevo: los colores de los aurigas corresponden á las cuatro estaciones del año: al invierno el azul, el color preferido del pueblo; á la fresca primavera el verde, la bandería de los grandes; el rojo, al estío abrasado; el blanco, al melancólico otoño. Los cuatro carros (las cuatro estaciones) parten de las doce cárceles, como el año pasa por los doce signos del Zodiaco. Las siete vueltas significan los siete dias de la semana. Las veinte y cuatro carreras, que hacen, son las veinte y cuatro horas del día y de la noche.

» — Las carreras son veinticinco, dijo el extranjero.

» — Cierto, replicó el romano; pero la última es una carrera

supernumeraria; es una carrera de *plus*, cuya concesion se remonta á los tiempos más antiguos.»

Apuntes para la historia del *toro de gracia*.

¡Qué admirables consideraciones sugirieron los espectáculos del Circo á los escritores cristianos del imperio! San Justino bajo Antonino Pío, Atenágoras bajo Marco Aurelio, Tertuliano bajo Septimio Severo, proclaman los altos principios de una filosofía, que está llamada á renovar la faz de las sociedades. Aquella misma algarabía de las estaciones y los signos y las semanas y los dias y las horas, que el corrompido pueblo romano repite, sin comprender su verdadero sentido, á propósito de los juegos del Circo, será, bajo la pluma y el cincel de otros escritores y de otros escultores, clara enseñanza del rápido y breve curso de la vida humana y del triunfo del espíritu, purificado en las claras regiones de la inmortalidad. Así se explican las esculturas y mosaicos que en sarcófagos cristianos, reproducen las carreras del Circo.

Los juegos no consistian sólo en carreras de carros con cuatro caballos (*cuadrigas*), de tres (*trigas*) ó de dos (*bigas*); dábanse tambien carreras á caballo y á pié; ofrecíanse *juegos troyanos*, ejercicios y evoluciones sobre caballos en libertad; luchas de hombres y escenas de pugilato; en los últimos tiempos hubo en el Circo naumaquias y grandes cazas; el pueblo se hastiaba de la monotonía de los espectáculos, y cada emperador inventaba alguna nueva manera de distraer á la multitud ociosa y displicente: los aplausos y los silbidos, los odios y los entusiasmos por este ó aquel color, solian producir escenas que convertian el Circo en verdadero campo de batalla.

Pasa el auriga verde, dice Casiodoro, y una parte del pueblo se pone triste; se adelanta el azul, y la gente escogida de la ciudad se affige; de estas afficciones á los improperios, y de los improperios á las obras, pasaban los romanos con asombrosa facilidad: millares de cadáveres fueron alguna vez el resultado del fanatismo por los colores *prasinus* y *venetus*.

Incidente memorable del espectáculo fueron las loterías: los emperadores escogitaron la bizarra novedad de arrojar á la arena, terminada la funcion, un millar de dados, ó bolas de

marfil, con un número, que correspondia á tal ó cual objeto precioso, de un depósito colocado previamente á la salida del Circo. ¡Suetonio vió más de una vez este bazar, en el que habia pájaros, vestidos, oro, plata, perlas, diamantes, cuadros, caballos y *esclavos*!!! La sensualidad y la degradacion llegaron á su colmo. Los antiguos romanos habian conquistado la tierra; éste era su destino: gozaron todos los esplendores de las grandezas humanas; éste fué su triunfo. Pero las grandezas humanas y las conquistas de la tierra tocaron á su término: la piedra desprendida de la montaña ha derribado y hecho pedazos la estatua gigantesca; las últimas aclamaciones y delirantes griterías del Circo parecen ser el eco postrimero de una civilizacion que desaparece: el imperio de Occidente se cae; los godos ocupan la Grecia y gran parte de Italia; los vándalos están desolando la España; de las Galias se apoderan los francos: las feroces huestes de Atila se acercan á las puertas de Roma. Las instituciones y las creencias paganas serán pronto un monton de ruinas, sobre el cual se alzará gloriosa y perdurable la Ciudad de Dios, de San Agustin.

## VI.

Del Circo Máximo, de aquel gran centro de la vida romana, apenas se puede hoy decir «Aquí estuvo.» Aquel Circo, que con ser uno de diez para un solo pueblo, era mayor que el de Olimpia, único para toda la Grecia, cayó al suelo con sus arcos y sus obeliscos y sus estatuas: las torres servirán para fortaleza de los Frangipani en las guerras de los siglos medios; cuando en el décimosexto se acometa la empresa de desenterrar los obeliscos, tierra y escombros ocuparán los ámbitos del antiguo valle Murcio. Algun ligero vestigio de las altas gradierías de piedra (*præinunctiones*) queda en la parte del Aventino, cerca de las ruinas del Septizonio y de las más imponentes de la casa de los Césares: por el lado que mira al Aventi-

no, por aquella parte preferida del pueblo, porque no la bañaba el sol del mediodía (asientos de sombra), no quedan ni ruinas: la mano del tiempo, ejecutora fiel esta vez de los designios de la civilización, ha sido inexorable.

Desde la falda del Aventino, en que nos encontramos, siguiendo un poco la orilla del Tíber, se descubren algunos otros monumentos de la Roma antigua, no condenados, como el Circo Máximo, á irremediable y perpétua destrucción, ántes bien reanimados por el aliento vivificador de la doctrina evangélica.

Un templo habian levantado los romanos á la Pudicicia noble, ántes de que la viuda Virginia erigiese un altar á la Pudicicia plebea: cerca de aquel templo, ó quizá sobre sus propios fundamentos, existió el de Ceres y Proserpina, debido al dictador Aulo Postumio, y renovado en los tiempos de Tiberio. Su área, y quizá algunas de sus columnas corintias sirvieron para una de las más antiguas y venerandas iglesias de Roma, la de la alta torre, esbelta, cuadrada, de estilo inclasificable; la segunda consagrada al culto de la Virgen. En el siglo VIII la adornó espléndidamente el Papa Adriano I, y como una tradición arraigada, colócase allí un antiguo pórtico ó escuela griega, donde enseñó San Agustín, ántes de ser obispo de Hipona; la iglesia se llamó Santa María *in Cosmedin* (la de los adornos, la hermosea): el pueblo la llama *Bocca della Verità*, por una sencilla é infantil creencia, que se refiere al disco de piedra, especie de mascarón, que hay en el pórtico, y que de losa de cloaca convirtió la Edad Media en monstruo, que sujetaba la mano de los que juraban en falso. La imagen de la Virgen, que domina el altar mayor, es una interesante muestra del arte bizantino; pertenece quizá al número de las imágenes salvadas del furor de los iconoclastas; sobre el altar se ve una pequeña cúpula de mármol sostenida por cuatro columnas de granito rojo; debajo, en una urna de pórfido, se guardan multitud de reliquias de mártires. Una silla de piedra, trono episcopal, que hay detras del tabernáculo, quieren algunos anticuarios que sea el asiento mismo que ocupaba el maestro, cuando aquel recinto fué *escuela griega*: el pavimento es de aquel mosaico precioso que llamaban *opus Alexan-*

*drinum*. Á este antiquísimo templo va unida la historia de muy importantes sucesos: allí fueron elegidos Papas, en el siglo XII, Gelasio II y Celestino III, y proclamado, más tarde, el Antipapa Benedicto XII.

El pequeño y bellissimo templo redondo, que se ve enfrente, es uno de los puntos oscuros de la arqueología romana. Por mucho tiempo estuvo Vesta en posesión de aquel monumento: creyóse luego que era á Cibéles á quien habia sido consagrado: otros han supuesto que fuera el templo de Cástor. Canina se lo atribuye á la diosa Matuta: otros autores lo creen el templo de Hércules, de que habla Tito Livio, cuando, refiriéndose al de la Pudicicia, dice: «Que está en el foro Boario *ad aedem rotundam Herculis*; las tradiciones pelágicas, á cuya teogonía pertenece el vencedor de Caco, abundan, en efecto, en toda esta vertiente del Aventino. El templo redondo, de mármol blanco, con sus veinte columnas corintias, de treinta piés de altura, fué seguramente una de las más lindas construcciones, en pequeño, de la Roma imperial. Las siete gradas, sobre que se alzaba, han desaparecido; perdióse también una de las columnas; la parte superior está destruida. Consagrado por Sixto IV al culto de San Estéban, tomó pronto (en el siglo XVI) la denominación de Santa María del Sol, por la estampa de la Virgen que en ella se venera.

Más adelante, sin dejar la orilla del río, está Santa María Egipciaca, iglesia cuadrada del siglo IX, construida sobre las ruinas del que fué templo de la Fortuna Viril, cuyo origen se remontaba á la época del rey Servio. Enfrente hay una casa de antigua y extraña construcción, que debió ser en su tiempo maravilla de las gentes, á juzgar por la pomposa inscripción latina que la decora. De llamarse su dueño Nicolás, y decirse hijo de *Crescens* (Crescencio), dedujo algun anticuario ingenioso, y el pueblo aceptó de lleno, que aquella fué la casa de Nicolai Rienzi. Esta explicación no excede mucho los límites trazados por la conciencia laxa de los etimologistas: lo que no puede resolverse tan de corrido es, por qué el pueblo ha dado despues á aquella caprichosa vivienda, conjunto fantástico de todos los órdenes de arquitectura, el nombre de casa de Pi-

látos, si ya no convenimos en que el pueblo tiene un instinto admirable para asimilar sucesos y nombres y personas.

Llegamos por esta parte al término de nuestra excursion, empezada en la cumbre del Aventino: el puente de Santa María, el puente *Rotto*, que con justicia lleva este nombre desde el siglo XVI, nos sirve de límite. Este puente no puede decirse antiguo, porque desde que en los últimos tiempos de la república fué construido sobre estas dos orillas el puente Palatino, que también se llamó *Lapideo*, ó de piedra (¿quién sabe si *Lepideo*, por Emilio Lépidio?), tantas veces ha desaparecido cuantas crecidas memorables tuvo el Tíber: en los tiempos del emperador Probo (siglo III), en los de Gregorio IX (siglo XIII), en los de Julio III (siglo XVI), y, por último, en tiempo de Gregorio XIII (año 1575) fué restaurado, ó mejor aún, reconstruido: no había terminado el siglo XVI (año 1598), cuando otra inundacion lo destrozó, trayéndole el nombre de *Rotto*, que no es fácil disputarle: tres de sus arcos, que corresponden á la opuesta orilla, son todavía de la primitiva fábrica de Emilio Lépidio y Mummio, en la censura de Scipion el jóven; es decir, tienen más de veinte siglos de antigüedad.

Desde este puente se descubren, como en magnífico panorama, los monumentos y las ruinas más interesantes de la historia antigua. Estamos al pié del Aventino: desde aquí se alcanza la parte escarpada de la colina, donde estuvo el antro de Caco: á la derecha la isla del Tíber: allí, no léjos, cuando las aguas del rio bajan, se ven los vestigios del que fué puente Sublício, magnífico teatro del heroísmo de Horacio contra el ejército de Porsena y de Cayo Sempronio Graco, que, bajando del templo de Diana Aventina, pasó, contra el desesperado esfuerzo de sus enemigos, á refugiarse en el bosque sacro de Furina, que estaba á la opuesta orilla. Por el puente Sublício cayeron, arrojados al Tíber, los cuerpos de Cómodo y de Eliogábalo, éste con una gran piedra al cuello, *ne fluctuaret, ne unquam sepeliri possset*; un poco más allá, en la direccion del clásico *pulchrum litus*, alegre paseo de la orilla del rio, está la *Marmorata*, la explanada donde se labran los mármoles, muy cerca del *Emporium*, celebrado por Tito Livio, lugar de

desembarco de aquellas preciosas piedras traídas de Grecia y de África para embellecer la ciudad de las siete colinas. Los viajes han terminado, pero no los desembarcos. En estos mismos días se descubren nuevas y nuevas masas de los más ricos mármoles, diez y seis ó más siglos hace enterrados en la orilla del Tíber, como si la Providencia se dignara hacer este presente á las iglesias de Roma necesitadas de reparacion, y añadir en estos momentos una dádiva magnífica á las que de todo el orbe católico recibe el sucesor de los Apóstoles (1). La columna de granito, encontrada en el mismo lugar, se elevará en la vecina altura de *San Pietro in Montorio*, para recuerdo perenne del Concilio Vaticano.

Encima de la Marmorata descuella, á 50 metros, el monte *Testaccio*, prominencia artificial, formada de pedazos de tierra cocida, quizá de restos de vasos de todas clases allí arrojados en el trascurso de los siglos, perpétuo enigma de los anticuarios, pero admirable punto de vista para el viajero; á corta distancia, buscando la corriente del Tíber, se ve la embocadura de la cloaca Máxima, obra gigantesca de tiempo de los reyes, una de las más admirables de Roma en el sentir de Dionisio de Halicarnaso; más léjos el puente Fabricio (*Quattro Capi*), que arranca del barrio de los judíos; al otro lado la cumbre pintoresca del Janículo.

## VII.

Al pié del Aventino, sobre la orilla izquierda del Tíber estuvo antiguamente la puerta Trigemina, una de las veinte y seis que Roma contaba en los tiempos del imperio; llamóse

(1) Hoy, 11 de Abril de 1869, celebra Roma con pompa y alegría inusitadas el 50.º aniversario de la primera misa del noble y virtuoso sacerdote Mastai-Ferretti, Pío IX, Pontífice reinante.

así, según quieren los mejores anticuarios, por ser la tercera puerta de dos arcos construida en la ciudad (*quasi tertia gemina*); en el sucesivo engrandecimiento de los ámbitos de Roma, y en las alteraciones que, por la edificación de murallas, tuvo su topografía, vino á reemplazar á la antigua puerta *Trigemina* y áun á la *Minucia* y *Lavernalis*, la puerta *Ostiense*, ó sea del camino de Ostia, que no tarde se llamó de San Pablo, por la Basílica erigida á una milla de distancia en honor del Apóstol de las gentes.

Junto á la puerta de San Pablo hay un monumento singular de la Roma antigua: es un sepulcro imitado de las famosas tumbas de los Faraones, á las orillas del Nilo: una pirámide que tiene 100 piés de base y 124 de altura; es decir, que se aproxima en proporciones á la cuarta parte de la mayor pirámide de Méfis: esta mole, revestida por fuera de mármol blanco, estuvo adornada por dentro con pinturas, y sirvió para contener las cenizas de Cayo Cestio, pretor, tribuno de la plebe y septemviro de los Epulones en la época de Augusto.

Sería, sin duda, Cayo Cestio un personaje muy importante del siglo VIII de Roma; pero, á no ser por la rareza arquitectónica de su sepulcro, probablemente su nombre no hubiera pasado ni las fronteras de la generación á que perteneció. En la Roma pagana los sepulcros ilustraban á los hombres, perpetuando por los honores tributados al muerto un nombre, que las virtudes del vivo no supieron conquistar. Sigamos un millar de pasos por la via Ostiense, y veremos cómo en la Roma cristiana son los hombres los que ilustran las sepulturas y convierten en lugar excelso y perpétuamente adorado la cárcel donde son affigidos, el suelo humilde que regaron con su sangre, ó la escondida sepultura que guardó sus despojos.

Llegamos á la Basílica de San Pablo.

Esta Basílica, dice un ilustrado peregrino, solitaria, inmensa, melancólica, verdadero templo del desierto, se levanta majestuosa cerca del Tíber: sus techos fueron labrados con cedros del Líbano, como el templo de Salomón. Fundada por Constantino, arruinada por los vándalos, devastada por los sarracenos, derribada por un temblor de tierra, incendiada tres ve-

ces, siempre se la ha visto renacer de sus ruinas y de sus cenizas, como el Phénix de la fábula, como la religion inmortal, de que es excelso y venerable santuario. Su último incendio ocurrió en la noche del 15 al 16 de Julio de 1823, casi en las últimas horas de la vida de Pío VII, del virtuoso Pontífice, que en el monasterio de San Pablo, anejo á la Basílica, habia profesado la regla de San Benito. Gran pérdida fué para Roma y para la cristiandad la ruina de aquel santuario, tan rico de tradiciones, de reliquias y de primores artísticos; de aquel gran monumento de la religion y de la arquitectura, en cuyo arco central se leian los nombres de un ilustre emperador español:

*Theodosius cepit, perfecit Honorius aulam  
Doctoris mundi sacratam corpore Pauli.*

Desaparecieron las cinco naves, divididas por ochenta columnas de precioso mármol, que un día embellecieron el mausoleo de Adriano, y tal vez la Basílica Emilia, la más espléndida del Foro. Cayó el gran arco de crucero, con sus dos enormes columnas de mármol griego, obra insigne mandada ejecutar por Gala Placidia, la hermana de los emperadores Arcadio y Honorio, esposa de Ataulfo y luégo de Constantino; los mosaicos, los retratos de los Pontífices, el altar grande de la tribuna, adornado de ricos mármoles y de cuatro columnas de pórfido, los frescos, los broncees dorados, las puertas, señaladamente la del centro, singular obra de escultura hecha en Constantinopla en el siglo XI y considerada como una maravilla del arte bizantino; todo ó casi todo fué reducido á escombros y á cenizas; perdióse en una noche el tesoro de quince siglos. El Papa Leon XII, con viva solicitud y santo denuedo, dirigió al orbe su palabra apostólica, implorando la caridad de todas las naciones para levantar del suelo la Basílica del Apóstol de las gentes. La bula *Ad plurimas atque gravissimas*, expedida á este fin, es uno de los más interesantes y bellos documentos, áun bajo el punto de vista literario, que hayan salido á luz en este siglo. Las naciones acudieron á la sentida voz del Pontífice y á la devoción del Apóstol; no solamente las católicas; no solamente los reyes y los pueblos de Europa y de